

Índice

Introducción. Tema y perspectiva	11
--	----

Primera parte

Fundación (finales de la década del sesenta-mayo de 1973)

Capítulo 1. La toma	25
Capítulo 2. La JTP y el enfrentamiento interno del peronismo.....	41
Capítulo 3. El Astillero.....	63
Capítulo 4. El territorio.....	93

Segunda parte

Contra “La Santísima Trinidad” (otoño de 1973-otoño de 1975)

Capítulo 5. La Lista Marrón.....	115
Capítulo 6. “Tener la batuta”	143
Capítulo 7. Mestrina, el territorio y la extensión de la lucha	163
Capítulo 8. Por la buena o por la mala	181
Capítulo 9. Conflictos y contradicciones	199

Tercera parte

Destrucción (invierno de 1975-invierno de 1978)

Capítulo 10. El Rodrigazo, las Coordinadoras y la “Guerrilla Fabril”	217
Capítulo 11. El golpe en los astilleros	241
Capítulo 12. El barrio de las viudas	259
Capítulo 13. Sin lugar a dónde ir	275
Capítulo 14. Volver a empezar.....	293

El accidente.....	307
Fuentes y Bibliografía.....	325
Agradecimientos.....	333

[...] los pobrecitos han muerto solamente/
el tiempo se trepó a sus hombros para andar/
ellos

cargaron vientos/ furias/ historias/ abiertos eran
a la aventura del amor más grande/
sin olvidar el propio amor
ni el amor propio/ orgullo o dignidad/ según/
no fueron dioses sino hombres mujeres que

necesitaban comer pan/ orinar/ vivir/
hacer hijos en medio de la noche física y de la otra
noche/
no fueron perfectos ni mucho menos/
la mayoría ignoraba
las leyes del materialismo dialéctico/
no habían leído

el capital tartamudeaban en economía/
pero la luz que caía de sus frentes
sudadas/ rojas/ arrugadas/ pensando
cómo batir al enemigo/ ayudar

Juan Gelman, *Ya caminando*

Ustedes, que surgirán del marasmo
en el que nosotros nos hemos hundido,
cuando hablen de nuestras debilidades,
piensen también en los tiempos sombríos

de los que se han escapado.
Cambiábamos de país como de zapatos
a través de las guerras de clases, y nos desesperábamos
donde sólo había injusticia y nadie se alzaba contra ella.
Y, sin embargo, sabíamos
que también el odio contra la bajeza
desfigura la cara.
También la ira contra la injusticia
pone ronca la voz. Desgraciadamente, nosotros,
que queríamos preparar el camino para la amabilidad
no pudimos ser amables.
Pero ustedes, cuando lleguen los tiempos
en que el hombre sea amigo del hombre,
piensen en nosotros
con indulgencia.

Bertolt Brecht, *A los hombres futuros*

Introducción

Tema y perspectiva

El 24 de mayo de 1973 José María Alesia, un trabajador naval, tuvo un accidente mientras soldaba en el fondo de un barco en construcción en los Astilleros Argentinos Río de La Plata S.A (Astarsa). Murió pocos días después a consecuencia de las quemaduras sufridas. El accidente, en la víspera de la asunción de Héctor Cámpora, motivó la toma del astillero por parte de un grupo de militantes sindicales de orientación clasista que un año antes había organizado una agrupación que disputaba la conducción del sindicato naval de la zona, el Sindicato de Obreros de la Industria Naval (SOIN). Unos días después, el 2 de junio, el Ministerio de Trabajo obligó a la empresa a reconocer todas las demandas de los huelguistas, y la agrupación que había impulsado la toma, inserta dentro de la Juventud Trabajadora Peronista (JTP), frente sindical de la organización guerrillera Montoneros, celebró su primera victoria.

La muerte de Alesia tuvo insospechadas consecuencias. Los organizadores de la toma esperaban “generar conciencia”. La mayoría de sus compañeros que participaron no sabían el camino que iniciaban cuando decidieron acampar en los talleres y mantener como rehenes a sus jefes y capataces. La toma, a escala individual y colectiva, puso en juego fuerzas y actores que cobraron dimensiones impensadas en el contexto complejo de la primavera camporista. Numerosos testigos la vieron entonces y la recuerdan hoy como un hecho fundacional: para algunos trabajadores, fue la conciencia de la posibilidad de cambio en sus propias manos; para los militantes, la forma de impulsar un frente de masas combativo; para los sectores dominantes, el descubrimiento del miedo ante el avance de la movilización obrera y el comienzo de los preparativos para frenarla y revertirla.

En algo menos de tres años, entre mayo de 1973 y el golpe del 24 de marzo de 1976, los integrantes de la Agrupación Naval Peronista José María Alesia (bautizada así en homenaje al obrero muerto) vivieron la experiencia probablemente más intensa de sus vidas. Su proyecto fue salvajemente derrotado: veintiocho trabajadores y militantes sindicales, algunos de sus familiares, sus esposas y sus conocidos fueron secuestrados, asesinados y desaparecidos.

Tres décadas después, las conmemoraciones más importantes del golpe del 24 de marzo de 1976 en la zona Norte del Conurbano bonaerense se desarrollan en un lugar muy preciso: Canal San Fernando, que de antigua zona de concentración obrera (adonde llegaban numerosas líneas de colectivos que los transportaban a sus lugares de trabajo) devino en paseo a mediados de la década del noventa. Allí se reúnen distintas agrupaciones políticas, de derechos humanos y vecinales.

Luego de los actos en la Plaza Canal, los manifestantes realizan una marcha de antorchas rumbo a las puertas del astillero, que es hoy un inmenso espacio baldío. Cuesta reconocer en ese terreno poblado de yuyos los portones que aparecen en fotografías de la toma del año 1973, el espacio romantizado de trabajo y lucha política evocado en los testimonios. En general, la luz crepuscular predomina cuando la multitud se detiene frente al silente alambre tejido, mientras las banderas rojinegras o blancas con los rostros de los desaparecidos ondean con suavidad, y parecen vivas. Apoyando el rostro sobre el alambre, se logra distinguir la luz macilenta del viejo puesto de guardia donde vive el sereno y más atrás, hacia el río, las ruinas de los edificios de oficinas. El astillero Astarsa, ese polo de trabajo, está tan desaparecido como los trabajadores que lucharon por extender sus conquistas dentro de él y hacia el territorio en el que militaban y vivían. El baldío es una espantosa metáfora de las secuelas de la represión y la derrota popular que ésta produjo.

También hay grietas entre las distintas generaciones afectadas por la matanza. Ana Rivas es hija de uno de los delegados desaparecidos, Hugo. En 2008, los organizadores del acto la invitaron a hablar frente a las puertas del astillero, pero ella se negó:

Y lo que hablé con Luis el otro día en la plaza, que habían dicho si querían los hijos cerrar el discurso, lo que le dije es que lo que

yo pueda decir para cerrar un acto es distinto a lo que ellos enfocan siempre en los actos, más a lo político, más a seguir la lucha... yo no quiero seguir ninguna lucha, ahora la lucha no es igual a la que era antes, los valores de la gente no son iguales, cambió mucho todo, y no va a volver a haber un grupo de gente así, fueron ellos y no se repite, no creo que se repita.¹

Para Luis Benencio, uno de los líderes sobrevivientes de la Agrupación e íntimo amigo de su padre, esa experiencia marcó el sentido único de su vida. A mediados de la década del noventa se preguntó:

¿Por qué, durante ese tiempo, fuimos distintos? O sea, distintos en nuestras vidas, distintos en cómo veníamos armados desde atrás, de antes. Y siempre me pareció que la respuesta adecuada era esa humanidad que habíamos logrado desplegar entre nosotros. Que fue una búsqueda permanente de algo parecido a la felicidad, y que para nosotros, no tenía sentido si no era compartida.²

¿Qué es lo que los volvió “distintos”? ¿En qué consistió esa búsqueda de “algo parecido a la felicidad”? ¿Y qué significaba dicha felicidad, en el contexto de los años setenta? ¿Qué sucedió con esa experiencia, a juzgar por el hiato entre la evocación del sobreviviente y las percepciones de la hija de uno de sus compañeros desaparecidos?

La percepción de ser “distintos”, la acción política puesta al servicio de la búsqueda de esa felicidad como horizonte, así como también la cotidianidad compartida en su búsqueda, son cuatro elementos que nos permitirán hacer una lectura acerca de la conformación de la experiencia histórica de la clase obrera durante los años setenta. Por último, la grieta entre la mirada de Ana Rivas y la de los compañeros de su padre abre la pregunta acerca del efecto disciplinario de la represión.

Pretendo iluminar aspectos generales de los años setenta del siglo XX argentino desde la perspectiva de un grupo de obreros navales que conformaron una agrupación sindical adscripta a una organización guerrillera. Este estudio analizará los desafíos que les planteó ser trabajadores, pertenecer a una agrupación sindical y desarrollar su lucha dentro de las políticas de una organización que sostuvo la lucha armada como metodología. Ex-

plorará la historia de la conformación de la experiencia de los trabajadores entre finales de la década del sesenta y el año 1978, puntos extremos que van desde el origen de una creciente movilización y radicalización a su destrucción mediante una brutal represión. Dichos extremos temporales están unidos por el hilo de las vidas de los actores, pulsado en determinados momentos por hechos significativos de la historia de la Agrupación en lo local y por fenómenos de alcance nacional que repercutieron en ella: la toma de mayo y junio de 1973, el incremento de la violencia política y los asesinatos políticos (infligidos y sufridos), la ilegalización de la Agrupación y la clandestinidad de los Montoneros, coincidentes con el pico de movilización obrera alcanzado en 1975 con el Rodrigazo, y la entrada de las fuerzas represivas a las fábricas en la madrugada del 24 de marzo de 1976, para la posterior dispersión fruto de la represión sistemática y salvaje que cayó sobre ellos.

Este libro ofrecerá elementos para conocer qué lugar tuvo y qué formas adoptó la violencia política dentro de las luchas sindicales de la época. La Agrupación Alesia apeló a los recursos políticos que su pertenencia a una organización político-militar le ofrecía: respaldo simbólico, material, logístico y humano, así como la posibilidad de emplear la violencia armada en el desarrollo de sus luchas. Analizar las opciones tomadas por estos militantes obreros nos permitirá abordar algunas cuestiones esenciales para los estudios sobre el sindicalismo —y más ampliamente, la lucha armada— de los años setenta. Más que como un espacio de contradicción propongo pensar las relaciones entre las organizaciones armadas y sus frentes sindicales como un espacio de articulación de experiencias y prácticas de lucha política. El análisis exhaustivo de un caso, espero, demostrará que la división taxativa entre “lucha armada” y “lucha sindical” es, al menos en el caso estudiado, insuficiente para describir e interpretar un espacio de acción mucho más complejo en el que ambos términos fueron a veces, lejos de antagónicos, intercambiables. Esto fue así, conviene recalcarlo al inicio, tanto desde los sectores revolucionarios como desde sus opositores de la ortodoxia sindical y, más tarde, desde los sectores patronales y las fuerzas represivas, que homologaron una y otra en la figura del “guerrillero fabril” en su objetivo de escalear y disciplinar a la clase trabajadora argentina.

Algo parecido a la felicidad analiza la experiencia de una agrupación sindical, de un puñado de hombres y mujeres, para lograr una mirada es-

pecífica sobre la controvertida “década del setenta”. Ofrece lecturas sobre “la clase”, “la guerrilla”, el “terrorismo de estado” sin alejarse demasiado del espacio acotado de los talleres y las casas de los trabajadores ubicadas en su periferia, insertas a la vez en un territorio en disputa atravesado por profundas y diversas líneas de militancia política, territorial y sindical. Espero que el análisis refuerce la idea de que el enfoque intensivo en un espacio acotado y en un lapso relativamente breve es una estrategia válida para encontrar elementos nuevos para pensar el enfrentamiento social de los años setenta desde la perspectiva de los trabajadores. Muchos de los acontecimientos que atravesaron a los integrantes de la Agrupación se dieron en un lapso excepcionalmente breve: en tres años, un grupo de militantes tomó el control de su sindicato y del lugar en el que trabajaban, produjo acciones resonantes y participó en la organización de movilizaciones masivas. A partir de la segunda mitad de 1975 comenzó un período de dispersión y aniquilamiento encarnado en el asesinato y secuestro de sus integrantes y en el ataque a sus familias.

Antonio Gramsci plantea una serie de potenciales y dificultades para el estudio de los trabajadores:

La historia de los grupos sociales subalternos es necesariamente disgregada y episódica. No hay duda de que en la actividad histórica de estos grupos hay una tendencia a la unificación, aunque sea a niveles provisionales; pero esa iniciativa se rompe constantemente por la iniciativa de los grupos dirigentes y, por tanto, sólo es posible mostrar su existencia cuando se ha consumado ya el ciclo histórico, y siempre que esa conclusión haya sido un éxito. Los grupos subalternos sufren siempre la iniciativa de los grupos dominantes, incluso cuando se rebelan y se levantan [...] Por eso todo indicio de iniciativa autónoma de los grupos subalternos tiene que ser de inestimable valor para el historiador integral; de ello se desprende que una historia así no puede tratarse más que monográficamente, y que cada monografía exige un cúmulo de materiales a menudo difíciles de encontrar.³

La Agrupación Naval Peronista José María Alesia ofrece una gran cantidad de elementos para considerar sus “iniciativas autónomas” como expresión

de la clase trabajadora argentina en la década del setenta: desde su proceso de organización, confrontación y disputa con los grupos dominantes en el astillero Astarsa y en el sindicato, pasando por su participación en las luchas políticas como frente de masas de una organización guerrillera, para llegar a su derrota en los centros clandestinos de la dictadura, encontramos una variada serie de respuestas y acciones en relación con un contexto que quisieron modificar y frente a un enemigo político que los venció.

Perspectivas

Este libro fue un tremendo y apasionante desafío historiográfico. El “tratamiento monográfico” planteado por Gramsci para reconstruir una historia breve, intensa y sangrienta, requirió una profunda y exhaustiva inmersión en las fuentes, una reconstrucción a veces detectivesca y obsesiva porque significó, por contraposición a una época que el sentido común traduce a masividad, identificar y recomponer los hilos individuales de vidas atravesadas por la política de masas. La construcción de testimonios fue fundamental, y derivó en una profunda interacción con los sobrevivientes: después de una década de trabajo, algunos de ellos se convirtieron en mis amigos y compañeros. Esto potencia los recaudos necesarios ante los dilemas constitutivos de la historia del período, pues les agrega el componente afectivo a la hora de decidir recortes temáticos y conceptuales, así como estrategias analíticas.

Mi abordaje es fundamentalmente cualitativo y se apoya en diferentes fuentes. En primer lugar, los testimonios, tanto los que forman parte del Archivo Oral de la Asociación Memoria Abierta, que yo mismo construí en el año 2003, más otras entrevistas que realicé posteriormente, entre 2004 y 2010. Asimismo, esta investigación analiza colecciones documentales relevantes (prensa pública y partidaria, documentos de las distintas organizaciones políticas, judiciales, de las fuerzas de seguridad), que dialogan con las fuentes orales. Una especial mención merecen los archivos represivos. Me he valido con amplitud del archivo de la Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires (DIPBA) pues son un reservorio riquísimo de publicaciones políticas y volantes, muchos de ellos de carácter artesanal y efímero, preservados paradójicamente para la posteridad por quienes los combatían.⁴

Llegado prácticamente al final de la investigación para la tesis que dio origen a este libro, me vi forzado a considerar la posibilidad de que la muerte del obrero Alesia, que impulsó la toma, no fuera accidental. Sin poder contar con una tajante conclusión judicial (que por otra parte también debería someterse a la crítica histórica), con las distorsiones que encontramos en las memorias de los protagonistas, y teniendo en cuenta la funcionalidad que muchas veces las pericias técnicas tienen para con los intereses de las empresas se abre el espacio para la conjetura. Y allí es donde el contexto histórico refuerza la necesidad de prestar atención a diferentes explicaciones, sin que estas sean leídas como “verdades verificadas” aunque claramente puedan ser vividas como tales por los sobrevivientes.

Desde el momento en que pensamos en algún tipo de agencia en la muerte de Alesia, se abre el espacio a una de las preguntas fundamentales para la comprensión de la época: la violencia instrumental. Son cuestiones en las que el esfuerzo por limitar la tendencia a la valoración moral (que metodológicamente es anacrónica) es muy grande, ya que se trata de reconstruir situaciones históricas que tocan las preguntas en relación con los medios legítimos y los límites para la concreción de objetivos políticos.

Surgen, en consecuencia, una serie de cuestiones éticas y políticas urgentes que inciden en el trabajo del historiador. Como apunta Carlo Ginzburg, sin la omnipotencia de creernos jueces podemos sin embargo, “distinguir entre verdad verificada y posibilidad”.⁵ Aunque hay toda una serie de hechos que no podemos reconstruir por completo,

el contexto, entendido como lugar de posibilidades históricamente determinadas, sirve para colmar lo que los documentos no nos dicen sobre la vida de un individuo. Pero estas ocupaciones de lagunas son posibilidades, no consecuencias necesarias; son conjeturas, no hechos comprobados. Quien llegase a conclusiones distintas negaría la dimensión aleatoria e imprevisible que constituye una parte importante (aunque no exclusiva) de la vida de cada uno.⁶

Como herencia de la historia que estudiamos, por otra parte, no podremos llegar más lejos: quienes podrían dar la última respuesta, empezando por Alesia, están muertos o desaparecidos.

Se trata de cuestiones que muchas veces son más fáciles de formular que de concretar. Se ponen en juego una gran cantidad de elementos. Desde el sentido común que asocia a la historia con la justicia, las analogías entre el historiador y el juez hicieron que muchos de mis entrevistados (que son mis amigos) fueran muy reacios a revisar el accidente. Es fácil entender por qué no es algo que se discute entre los sobrevivientes de la Agrupación: implicaría revisar su mito de origen. Cualquier apelación a los matices entre “juzgar y comprender” son palabras vanas. Lo son frente a la dureza y concreción de los hechos que la revisión evoca y a su valoración en el presente. Pero también, porque revisar las responsabilidades sobre la violencia producida será un ejercicio que siempre harán en contraste con la que padecieron y los diezmo.

En relación con esto, tampoco dejó de pesar en mí, ni entonces ni ahora, el clima generalizado de “revisión de los años setenta”, que pasa hoy por una suerte de construcción de la “leyenda negra” que llama a prestar atención sobre la violencia que ejercieron quienes fueron víctimas del terrorismo de Estado. ¿Y si mi trabajo abona a la idea de decir que “fue una época violenta”, y contribuye a la disolución de responsabilidades, ya que en un tiempo marcado por ese signo es “lógico” que se mate (y entonces, por extensión, son “justificables”, “todas” las muertes? ¿Inclusive aquellas producidas valiéndose de la maquinaria estatal? ¿Inclusive aquellas que son delitos de lesa humanidad?).

Considero que el camino para evitar esta posibilidad es expresar lo más claramente posible la perspectiva de análisis desde la que partí, que surge además de una concepción política. He reconstruido la historia de la organización de un grupo de obreros en su lucha contra los sectores patronales y los que consideraban sus aliados, en el marco más general de un sistema de explotación capitalista. De allí que someter a la crítica histórica el análisis de las causas del accidente no empaña la dinámica de los hechos del año 1973, ni disminuye los efectos y las adhesiones que tuvo en ese entonces, ni los compromisos que generó. Pero la mirada minuciosa sobre las fuentes permite encontrar matices al relato, inquietantes ventanas y preguntas que son otras tantas posibilidades de explorar una época compleja en las que la violencia instrumental era parte del repertorio político, y donde la victoria, al menos para este grupo de hombres y mujeres, parecía estar cerca. Entonces, el esfuerzo del historiador debe dirigirse a repo-

ner las condiciones para volver inteligible un hecho que desde los paradigmas de la propia memoria y moral es incomprensible o injustificable.

Como historiadores debemos presentar todas las pruebas que hemos encontrado, aún aquellas que van en contra de nuestras íntimas convicciones. Debemos hacer un esfuerzo, también, por escapar a la presión de sentir que no estamos haciendo algo “políticamente correcto” cuando revisamos críticamente una historia que tiene ribetes épicos agigantados a la luz de la brutal derrota posterior. Mientras desmontaba las fechas, mientras la curiosidad detectivesca y la voluntad del historiador chocaban con los mitos en los que yo mismo creo, el rostro de los muertos y de los vivos y la historia que estaba escribiendo mientras desarmaba otras libraban una verdadera batalla. ¿Y si directamente no mencionaba estas dudas? ¿Quién conocía la existencia de estos documentos, quién había reparado en la casualidad o no, sino el historiador? ¿Qué sentido tenía revisar la muerte de Alesia, poner en juego mi amistad con los entrevistados, darle argumentos a los apólogos de la dictadura, si las consecuencias históricas de la muerte de Alesia son las mismas?

Por eso al final de *Algo parecido a la felicidad*, los lectores encontrarán un epílogo titulado “El accidente” en el que reproduzco los distintos documentos que me llevaron a plantearme la posibilidad de un sabotaje o atentado que llegó a costar la vida a uno de los obreros que la Agrupación defendía. Intenta cumplir con el mandato de las reglas del oficio, pero a la vez, invita a los lectores a hacer el mismo recorrido intelectual que este investigador: los documentos que me llevaron a abrirme a posibilidades que en definitiva minaban cierto halo romántico de esta historia aparecieron al final de este trabajo, y en buena medida, gracias a él. Así que la sugerencia está hecha: que para revisar las cuestiones relativas al accidente, me acompañen primero a la reconstrucción de la época en la que se produjo, para llegar a la duda tan empapados como sea posible del contexto histórico donde el obrero Alesia murió como consecuencia de las quemaduras sufridas en su lugar de trabajo.

Al referirse a la conformación de la identidad de clase de los trabajadores ingleses en el contexto de la Revolución Industrial, Edward Thompson escribió:

Es posible que sus ideales comunitarios fuesen fantasías. Es posible que sus conspiraciones insurreccionales fuesen temerarias.

Pero ellos vivieron en aquellos tiempos de agudos trastornos sociales, y nosotros no. Sus aspiraciones eran válidas en términos de su propia experiencia; y, si fueron víctimas de la historia, siguen, al condenarse sus propias vidas, siendo víctimas.⁷

¿Fue Alesia un militante de la Agrupación que se accidentó al producir un sabotaje? ¿El sabotaje que otros prepararon terminó cobrándose su vida? ¿Era un obrero odiado, y sufrió una broma, o una represalia? ¿Fue, sin más, un accidente? La posibilidad de que su muerte no haya sido accidental permite construir distintos tipos de militantes obreros, distintos Alesias. Y este historiador durante su investigación también construyó uno. Como un modesto Golem, lo armó con pedazos de la vida de cada uno de sus compañeros vivos y muertos, lo soldó como las planchas de los barcos, y fabricó una imagen que desde el estanco en llamas donde se quemó Alesia, atravesó una época tremenda y llegó al presente: la figura de muchos militantes, hombres y mujeres imperfectos, falibles, que lucharon por una nueva sociedad, y en ese proceso enfrentaron a la muerte porque empezaron por jugarse la propia vida. Lo hacían ya durante su trabajo, sin incluirlo en un proyecto político, pues eso significan las condiciones de trabajo letales denunciadas en la época.

Morir en un accidente de trabajo es una muerte política, aunque mucho menos espectacular o heroica que defender una trinchera o tomar un cuartel. Fueron los que padecen la explotación los que llamaron la atención sobre estas muertes, rebelándose contra las condiciones que las producían. Gritaron su rebeldía de los modos y con las fuerzas que pudieron para tener su lugar en la Historia. En una época en la que la violencia era parte del repertorio político, experimentando el rigor de las relaciones de producción y de trabajo en el astillero en su propio cuerpo, la incorporaron a su lucha junto a otras formas de hacer política.

No perdí nunca de vista que fue un sistema injusto y que actuaba agresivamente sobre la clase obrera el que llevó a algunos trabajadores a arriesgar sus vidas en busca de un cambio e, inclusive, a tomar las de otros. Estoy convencido de que aún cuando el accidente de Alesia haya sido provocado, los primeros responsables de esa muerte son los dueños de un astillero cuyas condiciones de trabajo deshumanizaban a sus trabajadores.

Escribir Historia, entonces, es no volvernos victimarios con nuestra

crítica, pero ejercerla, como una forma de aportar al bien del conjunto y afinar las herramientas políticas para una lucha que no termina.

Queda explicada, espero, la aparente paradoja de titular una historia signada por la derrota y la muerte *Algo parecido a la felicidad*. Los cambios sociales llevan tiempo, y hay tareas que nos preceden y nos exceden, pero que tenemos que cumplir tan bien como podamos por una cuestión de solidaridad y respeto por nuestros compañeros, por los compromisos que asumimos, o que nos encomiendan y aceptamos. Como escribió E. P. Thompson: “La historia es una forma dentro de la cual luchamos y muchos han luchado antes que nosotros. Ni estamos solos cuando luchamos allí. Porque el pasado no está sencillamente muerto, inerte, ni es confinante; lleva también signos y evidencias de recursos creativos que pueden sostener el presente y prefigurar posibilidad”.⁸

En el camino, el historiador termina por compartir la lucha que estudia. Ejercer el oficio de ese modo también es algo parecido a la felicidad.

Este libro está dedicado a la memoria de mi amigo Luis Benencio, “Jaimito”, militante revolucionario, gramsciano buscador de la felicidad. Murió en diciembre de 2011. Una tarde nublada, meses antes, vimos juntos en su cama de hospital las imágenes en blanco y negro del noticiero de la toma. Luis estaba débil por su tratamiento, pero cuando reconoció a sus compañeros que hablaban en la puerta del astillero, cuando vio al “Tano” Mastinu tratando con superioridad al juez que lo interpelaba, y finalmente cuando él mismo apareció explicando con aplomo y alegría la victoria, su mirada cambió y se llenó de vida.

Ojalá que este libro transmita algo de esa fuerza y esa historia a quienes lo lean.

Ramos Mejía, verano de 2013

Notas

¹ Ana Rivas, entrevista 2008.

² Rubén Díaz, *Esos claroscuros del alma. Los obreros navales en la década del '70*. La Plata, El Sueñero, 1999, pp. 5 y 6.

³ Antonio Gramsci, “Apuntes sobre la historia de las clases subalternas. Criterios metódicos”, en Antonio Gramsci, *Antología*, Selección, traducción y notas de Manuel Sacristán, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006, p. 493.

⁴ Para la historia de la DIPBA, véase Emmanuel Kahan, “*Unos pocos peligros sensatos*”. *La Dirección de Inteligencia de la Provincia de Buenos Aires ante las instituciones judías de la ciudad de La Plata*, La Plata, EDULP, 2008, en particular el capítulo I.

⁵ Carlo Ginzburg, *El juez y el historiador, Consideraciones al margen del proceso Sofri*, Madrid, Anaya y Muchnik, 1993, p. 110.

⁶ Ídem.

⁷ Edward P. Thompson, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, t. I, XVII, Barcelona, Crítica, 1989.

⁸ Edward P. Thompson, “La política de la teoría”, en Raphael Samuel (ed.), *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona, Crítica, 1984, p. 317.

Primera parte

Fundación

(finales de la década del sesenta-mayo de 1973)

Capítulo 1

La toma

El accidente

El 24 de mayo de 1973, por la mañana, José María Alesia, trabajador naval, tuvo un accidente de trabajo que le costó la vida tras varios días de agonía en el Instituto del Quemado (murió el 30 de mayo). Era ayudante de calderería en los astilleros Astarsa, ubicados en Tigre, y se ocupaba de realizar las soldaduras que su oficial calderero le indicaba, en este caso entre los compartimientos estancos de un barco llamado “Río Esquel”. Sus compañeros lo llamaban *Cara Antigua*, porque tenía un mostacho grueso como en los retratos de principios de siglo XX.

El accidente y posterior muerte de Alesia sucedieron en un contexto político de fuerte radicalización y movilización: era la víspera de la asunción de Héctor Cámpora como presidente (electo candidato del FREJULI el 11 de marzo). El peronismo volvía al poder tras más de diecisiete años de proscripción, mientras que organizaciones revolucionarias de izquierda (algunas mediante la lucha armada, otras no), agrupaciones sindicales y estudiantiles confrontaban con gobiernos militares y civiles en su impulso de diferentes movimientos revolucionarios.

La muerte de Alesia tuvo consecuencias muy importantes: fue la causa que permitió iniciar la toma de las instalaciones del astillero en demanda de mejores condiciones de trabajo, e instaló a una agrupación sindical combativa alineada con los Montoneros, la guerrilla peronista, en el centro de la escena política y sindical de la Zona Norte del Conurbano bonaerense. Esa confluencia de factores cambió la vida de los participantes en esas luchas para siempre.

En la edición matutina del diario *Crónica* del 24 de mayo, el día del accidente de Alesia, apareció una solicitada¹ que hizo públicos los objetivos políticos de un grupo de jóvenes militantes obreros navales: conformaban una agrupación sindical que tenía por objetivos ganar el sindicato para sus trabajadores, mejorar las condiciones de seguridad e higiene del trabajo y terminar con las persecuciones a sus integrantes. Firmaban la solicitada como miembros de la Juventud Trabajadora Peronista (JTP), creada menos de quince días antes por los Montoneros para disputar a la CGT el liderazgo del movimiento obrero.

La Agrupación firmante definía claramente a sus dos principales antagonistas: la patronal (“los Industriales Navieros de la Zona Norte” que “viven y gozan a costillas de nuestra sangre”) y “sus más eficaces colaboradores”, la conducción del SOIN (Sindicato Obreros de la Industria Naval), que formaba parte de la CGT. El texto denunciaba que los militantes eran despedidos gradual y selectivamente, para dificultarles su actividad en los talleres. Con frases sencillas y directas caracterizaba a los distintos protagonistas de la lucha de clases en el astillero: los patrones “botan barcos al son de las pomposas bandas y con añejo champagne”, mientras otros quieren “cambiar la tortilla”. La “jerarquía que da el delantal blanco de médico” no significa nada cuando no hay una verdadera preocupación por la salud de los trabajadores (“emparchan desde una gripe hasta una hernia” con la misma pastilla). Pero a la vez, emplazaban a la patronal: quienes se oponían a los intereses “del pueblo” debían “mirar el almanaque”: las elecciones del 11 de marzo habían creado las condiciones para el cambio social y político en la Argentina. La solicitada funcionaba en un tono amenazante: después de la asunción de Cámpora los patrones “no podrían alegar desconocimiento”.

El mismo 24 de mayo por la mañana, mientras esta declaración estaba en la calle (acaso había alcanzado a leerla antes de entrar a su turno), José María Alesia salió con sus ropas en llamas de uno de los compartimientos estancos del doble fondo del *Río Esquel*. Estaba trabajando y por causas nunca establecidas por completo se prendió fuego. Uno de sus compañeros apagó las llamas, otros arrimaron un tablón de albañil que servía para pasar entre los distintos espacios en construcción de la bodega del buque para usarlo de camilla, y lo trasladaron al Instituto del Quemado con su cuerpo gravemente afectado por las quemaduras. Así evocó el accidente, años después, uno de los testigos:

Estaba el *Tano*, el único delegado que estaba ahí. Se corre la bolla que se había quemado uno. Estábamos parados ahí. Me bajo y me voy al *Ceibo*, el barco donde estaba trabajando Alesia. Ahí dicen que se quemó.

¿Y en qué lo llevaron?, preguntan. “En un tablón de albañil. Como no había camilla...” Ahí nomás me dice *Larguirucho* que Alesia salió como una tea. Del doble fondo salió por la boca prendido fuego de los pies a la cabeza; y el otro muchacho, un hombre grande, lo agarra contra una chapa y le tira la blusa de él y le apaga el fuego. Dice que estaba todo quemado [...]

Después el *Tano* Mastinu y no sé quién más se lo llevan en una ambulancia.

Yo estaba ahí. Yo al *Tano* lo vi. Y estaba el *Huguito* Rivas también y entonces dijimos, “acá paramos”. Hablamos a todos los viejos del platón y a nuestro barco y se paró.²

El *Tano* (Martín Mastinu) y *Huguito* (Hugo Rivas)³ eran dos delegados que no habían sido despedidos porque tenían fueros sindicales, y tuvieron un papel central en los sucesos que siguieron: organizaron la movilización en el interior de la planta, mientras mantenían contacto con el resto de la Agrupación, sus compañeros despedidos que activaban desde afuera. Impulsados por estos militantes (“hablamos a todos los viejos del platón”) los trabajadores del astillero pararon y sostuvieron sus reclamos: el despido de la Comisión de Higiene y Seguridad íntegra.

Los delegados oficialistas del SOIN tuvieron que aceptar el hecho consumado y ponerse al frente de la acción. Al principio, el conflicto siguió una dinámica conocida por los trabajadores con alguna experiencia. Mientras continuaba el paro, los representantes sindicales iban y venían entre Tigre y el Ministerio de Trabajo. Tras el accidente de Alesia y la decisión de no trabajar, se produjo la asunción de Cámpora (viernes 25 de mayo de 1973) seguido por un fin de semana. La semana siguiente, el miércoles 30 de mayo por la mañana, durante una asamblea en la que participaron trabajadores navales y metalúrgicos (en Astarsa había obreros de esas dos ramas industriales) la conducción del sindicato llegó con la noticia de que para arbitrar en el conflicto, el Ministerio de Trabajo exigía el levantamiento del paro de actividades que habían lanzado para lograr la conci-